

CULTURAS PROGRAMADAS

Pocas cosas pueden resultar tan beneficiosas para el escritor como el hecho de ser repudiado por lo voceadores de la cultura de su país de origen. En el nombre de la normalización lingüística, saqueadores de la cultura de determinados países pontifican de aquí para allá quienes son los escritores que pertenecen a sus terruños domésticos y quienes no. Pero eso es algo que nos importa muy poco a los escritores vivos. Jamás perdemos el tiempo pensando en el momento en que la historia decida qué autores fueron catalanes, qué vascos, qué aragoneses o qué castellanos. Resulta muchísimo más estimulante tener presente que grandes autores como Borges, Bernhard, Joyce, Beckett, Cortazar, Kafka, Nabokov..., es decir, escritores que han provocado una revolución en la lengua y la literatura universal (ambición secreta a la cual aspira todo verdadero escritor), se convirtieron en únicos y despatriados escritores gracias a su actitud de terroristas de las políticas culturales respectivas. Todo verdadero escritor aspira (otra cosa es que pueda o sepa) a romper con los moldes de la academia lingüística de su idioma heredado o elegido. Aspira, por decirlo así, a crear su propia lengua por la razón tan simple y tan olvidada a veces de que aquello que distingue a un escritor de otro que no consigue serlo del todo, es su desazón por el limitado corsé que le imponen las palabras y su lucha continúa por inventar una “nueva manera” de decir y escribir con las palabras.

De ahí que, los escritores de creación, o los que aspiramos a serlo, nos sintamos adulados y nos felicitemos antes esta avalancha de artículos, mesas redondas, seminarios, concursos radiófonos y televisivos a favor de expulsar de una vez y para siempre de sus respectivas culturas a los escritores catalanes que escriben en castellano, a los irlandeses que escriben en francés o a los checos que escriben en esperanto. No pueden llegar a imaginarse los mercachifles de esas sectas culturales el inmenso regalo que nos hacen al reincidir en excluirnos de nuestras propias culturas y embarcarnos en el vagón de la cultura de nadie. Peor lo tienen, a decir verdad, los escritores catalanes que escriben en catalán y en castellano y publican indistintamente en una y otra lengua. Estos no pueden ser expulsados verdaderamente ni acogidos sin cautela. Con este proceder de manto beatífico discriminatorio el escritor catalán, por dar un ejemplo, que escribe en castellano se siente cada vez más incitado a escribir en esa lengua que no es catalán pero que tampoco es un genuino español o castellano, dado que tal feroz agresión cultural contra su trabajo le recuerda que su tarea consiste en ejercitar una escritura creadora, huérfana de padre y madre y a ser posible única.

Y ahí están todos los escritores sin cultura que ciertos miembros de la cultura catalana repudian y endosan a la cultura sin nombre y sin historia como si se trataran (y tal vez lo sean) de agentes contaminantes del medio intelectual. Y ahí se encuentran la mayor parte de los grandes de estos últimos años: Marsé, Barral, Gil de Biedma, Goytisolos, Vázquez Montalbán y tantos otros..., encantados de estar en esa tierra de nadie de la cultura porque de otro modo no hubieran sido escritores ni tampoco hubieran sido grandes. Habría que reivindicar entonces el derecho a no tener cultura programada, habría que agradecer a los responsables de la cultura del lugar el hecho de que al escritor no se le conceda lugar alguno, habría que celebrar con bombo y platillos que el escritor sea el único, de entre la tipología de artistas, merecedor de ese premio de no pertenecer a la cultura catalana. ¿Tal vea a la francesa o a la china? ¿No se advierte en esta segregación de “este artista sí, ese no” un interés comercial excesivo para que no ocurra otra vez lo que sucedió con Dalí o Picasso que los franceses cultos han adoptado como compatriotas? Habría que compadecer a los pobres pintores que escriben en castellano, a los pobres arquitectos que escriben y hablan en castellano y a los músicos que componen en castellano por la desgracia de que poderes culturales los incluyan dentro de la cultura catalana programada. En fin, hay que reír ante tales zarandajas. O bien, guardar silencio. Y escribir. Seguir cada escritor con su obra puesto que esta es la mejor manera de crear y contribuir a una auténtica y no manipulada cultura.

Nuria Amat

Sr.D. Luis Foix
Director Adjunto de "La Vanguardia"

Barcelona, 26 de Febrero de 1991

Estimado amigo:

el artículo de Joan Guitart i Agell aparecido en las páginas de opinión de "La Vanguardia" (viernes, 22 de Febrero, 91) me ha sugerido la escritura de este otro que ahora le hago llegar con el deseo de que quiera publicarlo en la sección que usted dirige y en el lugar que usted juzgue conveniente.

Colaboro habitualmente en la sección de Cultura de "La Vanguardia" que publica los martes pero en este caso pienso que es preferible que este artículo aparezca en la sección de Opinión de su responsabilidad para contribuir al debate al cual invita Joan Guitart

Muy agradecida, le saluda atentamente,

Nuria Amat.